

Semblanza de Benito Juárez

Oscar
Alatríste Guzmán
ESECH-UNAM

Mi agradecimiento al cónsul general, ingeniero Carlos Sada por extenderme la invitación a decir una semblanza de Benito Juárez en el marco del evento celebrado en este Consulado General de México en Chicago, en el que se develó (el 24 de marzo de 2006) una placa conmemorativa del bicentenario del natalicio de tan ejemplar mexicano.

Considero una buena ocasión para rememorarlo en algunas de sus múltiples facetas como un mexicano que ha trascendido universalmente.

Sin lugar a dudas, Benito Juárez tiene un lugar privilegiado en la historia de México por haber sido el primer presidente de origen indígena, y por que sus iniciativas y reformas sentaron las bases del actual sistema de gobierno mexicano.

En el ámbito de los asuntos de política interna, debemos recordar a Juárez como el hombre que desempeñó un papel determinante en la transición de la anarquía a la estabilidad política de los distintos sistemas y ensayos políticos pertenecientes a las primeras décadas del México independiente hasta el establecimiento y consolidación de la República durante el último tercio del siglo XIX.

Don Benito fue un factor clave en la terminación de un país conformado por muchos hombres en el poder que, si bien es cierto, (con sus consabidas excepciones) buscaban un solo hombre en el poder; proyectos, ideologías y perspectivas distintas; perseguían también (y en mayor medida) el bien común y progreso del país más que el enriquecimiento personal.

Juárez es el personaje de nuestra historia que define y sienta las bases de ese proyecto político y económico bien definido más sólido y consistente.

Entre sus muchos otros méritos como hombre y político, podemos mencionar su entereza, visión y convicción

política, quien no dudó en luchar, hasta conseguir el establecimiento de la República laica, democrática y federal.

En este proceso, quisiera precisar que, Juárez procuró que todos los mexicanos tuvieran un lugar en la República, que ésta se restaurara enseguida de la caída del imperio de Maximiliano de Habsburgo.

Así por ejemplo, cuando algunos mexicanos vieron al imperio como una respuesta a sus problemas y una alternativa razonable, —e incluso deseable—, a los problemas políticos que aquejaban a México desde hacía ya, casi 50 años, cuando habían perdido la fe en la habilidad de su país para gobernarse y habían creído que un europeo de sangre real podía exigir el respeto de todos, parar las ambiciones personales y ser un juez imparcial en sus disputas, se equivocaron. Juárez les demostró, entonces, que México contaba con un líder y un grupo de hombres capaces de mandar, gobernar, oponerse y derrotar al imperio, y que, tal como lo demostraría, no por ello se abocaría a liquidarlos en su totalidad.

En 1870, tres años después de su victoria, Juárez concedió una amplia amnistía dirigida a aquellos que colaboraron con Maximiliano. Como resultado, los terratenientes recuperaron sus posesiones y los funcionarios conservadores pudieron solicitar otra vez puestos en el gobierno.

La Iglesia tuvo menos suerte que sus aliados..., Juárez estaba en contra de la injerencia de las instituciones religiosas en política, no en contra de la religión. Por lo que nunca dejó de reconocer la pluralidad de las ideas y de los hombres que las profesaban, pero impulsó aquellas que creía eran las más convenientes a la nación.

En la esfera internacional, es innegable el lugar tan importante en que colocó al país.

La ejecución de Maximiliano, y por tanto la derrota de Napoleón III, hizo desaparecer por mucho tiempo el peligro de una intervención europea y dejó asegurada la supervivencia de México como nación independiente.

La victoria contra los franceses despertó un nuevo sentimiento de nacionalismo que alcanzó una indiscutible altura entre los estadistas de entonces y se proyectó hacia la encarnación de un genuino líder popular, tanto nacional como internacional, inclusive.

Quienes lo combatían, incluso, le reconocieron su re-ciedumbre y firmeza, y, desde luego, su amor a la ley. Al respecto, el ministro Emilio Ollivier, de Napoleón III, admitió que “Se unieron a Juárez los mexicanos a causa de su probidad personal y del vigor de sus convicciones. Benito Juárez estaba a la altura del papel difícil que los acontecimientos le ofrecían. Era un hombre de Plutarco del que cualquier nación se podía enorgullecer”.

Al triunfo de la República, Benito Juárez, dijo en un célebre discurso:

Mexicanos: encaminemos ahora todos nuestros esfuerzos a obtener y a consolidar los beneficios de la paz. Bajo sus auspicios, será eficaz la protección de las leyes y de las autoridades para los derechos de todos los habitantes de la República. Que el pueblo y el gobierno respeten los derechos de todos. Entre los individuos, como entre las naciones, el respeto al derecho ajeno es la paz.

Confíemos en que todos los mexicanos, aleccionados por la prolongada y dolorosa experiencia de las comunidades de la guerra, cooperaremos en el bienestar y la prosperidad de la nación que sólo pueden conseguirse con un inviolable respeto a las leyes, y con la obediencia a las autoridades elegidas por el pueblo.

Por su defensa de las libertades humanas —defensa que sirvió de ejemplo a otros países latinoamericanos— fue proclamado “Benemérito de las Américas”.

No en vano los mexicanos conmemoramos año con año el natalicio del Benemérito de las Américas como una de nuestras fiestas cívicas, recordando así, tanto su obra como su vida, ya que hoy en día, quiérase o no, son inspiración para todos los mexicanos.

